

EL ABOGADO DESCALZO

CHEN GUANGCHENG

LA LUCHA DE UN ACTIVISTA
CIEGO POR LA JUSTICIA
Y LA LIBERTAD EN CHINA



PENÍNSULA **HUELLAS**

El abogado descalzo

Chen Guangcheng

La lucha de un activista ciego por la justicia
y la libertad en China

Prólogo del Dalai Lama

Traducción de Albert Vitó i Godina

ediciones península

Título original: *The Barefoot Lawyer*

© Chen Guangcheng, 2015

© del prólogo: Su Santidad el Dalai Lama, 2015
Publicado de acuerdo con Henry Holt and Company, LLC, Nueva York.
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2017

© de la traducción del inglés: Albert Vitó i Godina, 2017

Las imágenes de este libro, excepto las que aparecen con el crédito correspondiente, forman parte del archivo personal del autor.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
LIBERDUPLEX - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-23.584-2016
ISBN: 978-84-9942-558-0

ÍNDICE

Prólogo del Dalai Lama	15
Prefacio: La fuga	17
1. Un niño único	35
2. De la mano de la naturaleza	65
3. Una educación poco convencional	95
4. No hay vuelta atrás	129
5. Defendiendo nuestros derechos	163
6. Nuevas raíces	195
7. La maldad desenmascarada	229
8. Secuestrado	263
9. Juicio y encarcelación	287
10. Arresto domiciliario	315
11. La huida	355
12. En el ojo del huracán	387
13. Hacia la tierra prometida	423
Epílogo: Una nueva vida	445
Agradecimientos	449
Índice analítico	451

UN NIÑO ÚNICO

Entre las manos juntas y ahuecadas llevo un huevo duro que me ha dado mi madre. Todavía está caliente. Tengo tres o cuatro años y rara vez tengo un huevo para mí solo, así que lo mantengo entero tanto tiempo como puedo antes de comerlo. Salgo a pasear y encuentro las piedras de molino que utilizamos para moler el grano, busco a tientas la piedra superior y, con cuidado, la coloco en su lugar. Escucho el ruido que hacen los niños del pueblo, riendo y jugando en el patio, mientras parientes y vecinos van y vienen. Vuelvo a entrar, subo a un taburete y dejo el huevo en la mesa con cuidado. Pero empieza a rodar y no veo bien hacia dónde para detenerlo. Oigo el crujido seco de la cáscara contra el suelo de tierra y luego silencio. Si algo rebota, rueda o emite algún tipo de sonido, puedo ubicarlo. A menudo lo consigo con facilidad, pero en ese momento estoy perdido. Intento forzar los ojos con la esperanza de descubrir dónde ha caído el huevo, pero lo único que consigo ver es una forma difusa. Los vecinos y los niños de la habitación no acuden en mi ayuda. En lugar de eso contemplan embobados mi problema. Mi madre es la única que se acerca corriendo. Pela el huevo, lo envuelve junto a unos encurtidos salados en un jianbing, una especie de tortita, y me lo pone en las manos.

Nací en un pueblo remoto de China llamado Dongshigu el 12 de noviembre de 1971, en plena Revolución Cultural, una época dura y llena de privaciones. Fui un bebé sano al nacer, pero cinco meses después sufrí una fiebre terrible y no teníamos dinero para el hospital. Pese a su gran preocupación por mi estado, mi madre también tenía que alimentar y cuidar a mis cuatro hermanos mayores, de cinco, ocho, once y catorce años. Mi padre trabajaba lejos de casa entonces, y no teníamos acceso a ningún teléfono. Los miembros de la familia política de mi madre estaban demasiado ocupados en sus asuntos.

Sin ayuda de nadie, mi madre se las arreglaba para atendernos en todo lo que necesitábamos. Cada día tenía que transportar agua desde un pozo cercano al río Meng, con un cubo a cada extremo de una pértiga que llevaba sobre los hombros. Antes del amanecer se pasaba horas moliendo grano con la piedra de molino para preparar la masa con la que elaboraba los *jianbing*. Durante el día, cuando no estaba trabajando en los campos, recogía leña y yesca en las colinas para encender el fuego. Y siempre obedecía las estrictas órdenes de la comuna que se encargaba de organizar el trabajo y estipular lo que podíamos comer y cómo debíamos vivir.

Con el corazón roto por los llantos desconsolados que me provocaba la fiebre, mi madre me envolvía en ropa vieja y me llevaba en un cesto para tenerme cerca mientras trabajaba. Necesitaba dos yuanes para poder llevarme al médico del hospital local, el único lugar en el que se prestaba asistencia médica de verdad. Sin embargo, era una suma importante para nosotros, que apenas teníamos dinero. Mi padre solo ganaba ocho yuanes al mes con su trabajo. Desesperada, mi madre quiso pedirle prestado el dinero al jefe de su equipo de producción, pero este la derivó al contable y este, a su vez, al responsable de asuntos financieros.

—¿Cómo quiere que le prestemos dinero? —le preguntó el hombre, incrédulo—. Ya nos debe dinero y no ha ganado los puntos de grano suficientes.

Las comunas estaban divididas en brigadas de producción y estas en equipos de producción más pequeños, y dentro del equipo de producción ganabas puntos en base a lo que trabajabas. Tenías que contribuir al menos devolviendo lo que comías, pero al ser mi madre la única adulta que trabajaba a tiempo completo, nuestra familia a menudo se quedaba atrás. Sin puntos y sin dinero, no teníamos acceso a un médico. El hombre aconsejó a mi madre que demandara una carta al jefe del equipo de producción, pero se dio cuenta de que no era más que una maniobra para librarse de ella.

Desanimada y consternada, acudió a amigos y familiares para intentar reunir el dinero, pero nadie podía prestarnos nada. El «médico descalzo» del pueblo, un granjero que había recibido una formación médica básica para proporcionar atención primaria en las áreas rurales remotas, no tenía ni idea de cómo bajar mi fiebre.

Pasé dos días y dos noches llorando sin parar, mi diminuto cuerpo se retorció ardiendo en los brazos de mi madre. El tercer día, mi madre se levantó a la hora de siempre y comenzó a preparar la comida para la familia cuando oyó que mi terrible llanto empezaba de nuevo. Me cogió en brazos para darme el pecho pero retrocedió horrorizada al ver las masas azuladas que me enturbiaban los ojos. Me llevó corriendo a una anciana de un pueblo cercano, puesto que tenía algo de experiencia con remedios caseros. Su método de curación, después de examinarme, consistió en soplarme en los ojos. Por supuesto, no consiguió nada con ello.

Mis padres nunca supieron la naturaleza de mi enfermedad o por qué la fiebre me dejó ciego. Un mes más tarde, ya en casa y al ver lo sucedido, mi padre consiguió llevarme a la clínica local. Pero entonces ya era demasiado tarde para salvar mis ojos. No obstante, mi padre estaba decidido a encontrar una cura y durante años me llevó de médico en médico, aunque todo fue en vano. Uno dijo que era querati-

tis, otro que era glaucoma, pero todos coincidían en que ya no había solución.

Daba igual cuál había sido la causa de la fiebre, los resultados eran implacables. Mis primeros recuerdos son de meras manchas de colores, y eso en el caso de que tuviera el objeto justo delante de los ojos. En ocasiones, me gusta decir que mi ceguera la provocó el comunismo o, más concretamente, una oleada de propaganda vacía y poco realista que barrió el país de forma continuada durante décadas. El Partido Comunista, el que tenía que traernos el «desarrollo científico», presumía de hospitales y de una seguridad social gratuita, de lo bien que se trataba a la gente y de lo mucho que habían mejorado las cosas respecto al pasado. No obstante, la verdad era que faltaba la asistencia médica más básica y vivíamos siempre con miedo a enfermar. La muerte venía a visitarnos a menudo. De hecho, dos años antes de que yo naciera, mi madre había dado a luz a una niña, la hija que tanto deseaba después de engendrar cuatro varones. Cuando la niña enfermó siendo bebé, no tuvo dinero para pagar el hospital y, al final, no pudo hacer nada más que esperar. El bebé sufría lo que en mi pueblo se conocía como la «enfermedad de los siete días» y, efectivamente, murió al cabo de ocho o nueve. Más adelante, mi madre me comentó que si la niña hubiera sobrevivido yo seguramente no habría sido concebido.

Ya con cuatro años, estoy suspendido entre el cielo y la tierra. Cuando mi hermano tira de mí hacia arriba, me elevo en el aire. Un metro, metro y medio, sin miedo, solo pura diversión. Desde las ramas altas del caqui puedo oír todos los sonidos definidos con claridad en el aire: el trinar de los pájaros con sus reverberaciones, sus superposiciones, las líneas melódicas tejidas entre los árboles. También el murmullo procedente de un manantial cercano del que los aldeanos recogen el agua con cazos; oigo el chapoteo del líquido a medida que llenan los cubos

UN NIÑO ÚNICO

y jarras, y distingo los más mínimos matices, desde el momento en que empiezan a verter el agua en un recipiente vacío hasta el sonido más rápido cuando está lleno. A mi alrededor puedo oír un coro lleno de vida: el gorjeo de los pájaros, los mugidos, balidos y ladridos de los diferentes animales, cada uno con su peculiar intensidad, su propio patrón de inflexiones, acompañándose con el ritmo de los demás y distanciándose de él.

No es la primera vez que lo hacemos, mi tercer hermano y yo. Le encanta trepar a los árboles y capturar pájaros, y se las arregla para que pueda acompañarle: me ata a la cintura un extremo de una cuerda mientras sostiene el otro, sube al árbol y enlaza la cuerda bien tensa en la horquilla que forman dos robustas ramas. Yo lo espero al otro lado del árbol. Empieza a tirar para levantarme, poco a poco, hasta que alcanzo la horquilla del árbol, en la que me siento sin problemas. Al principio me limito a agarrarme a la rama, pero pronto me siento seguro y empiezo a palpar todo cuanto me rodea.

Por encima de mí tengo ramas llenas de caquis. Le pido a mi hermano que me recoja uno.

—Ya sabes que no podrás comértelo —me dice—. Todavía no están maduros y podrías morir si te comes un caqui verde.

—Ya lo sé —respondo.

Sube a una rama más alta para recoger el fruto más grande y redondo que encuentra. Tengo las manos tan pequeñas que apenas puedo sostener el caqui con una mano sin dejar de abrazar el árbol con la otra. Estoy encantado: contemplo el brillo de los rojos y amarillos del fruto y siento en la palma su piel suave y texturada. Acerco el caqui a mi cara, hasta que casi lo toco con los labios. Su tacto y su aroma parecen tan tentadores que ya no puedo resistirme más: mordisqueo en secreto donde noto una protuberancia. Al principio el sabor es dulzón, pero cuando lo muerdo por segunda vez de forma más generosa, frunzo los labios, recuerdo la advertencia de mi hermano y enseguida escupo el segundo bocado.

EL ABOGADO DESCALZO

Al ver que algo va mal, mi hermano baja hasta donde me encuentro y pregunta si me lo he comido. Temo que pueda enfadarse conmigo, por lo que me guardo el pedazo mordido en la palma de la mano para que no pueda verlo. Con un hilo de voz, le miento y le digo que no.

—Déjame ver el caqui —dice a la vez que me obliga a abrir la mano y lo encuentra—. ¿Por qué te lo has comido? —pregunta.

Le había prometido no hacerlo, por lo que no sé qué responderle.

—¿Cómo crecen los caquis en las ramas? —pregunto a mi hermano unos minutos más tarde, mientras sigue trepando por encima de mi cabeza.

Dobla una rama cargada de frutos hacia mí para que pueda tocarla. En una mano sostengo el caqui que he mordido; con la otra, palpo la corteza resbaladiza y encuentro dos lustrosos caquis que crecen juntos. Agarro uno de ellos y me dispongo a retorcerlo, pero mi hermano me advierte que no debo recogerlo, que lo suelte. Le hago caso y, de inmediato, la rama recupera su posición original y los caquis quedan temblando.

Alguien se acerca por la calle, oigo el ritmo de unos pasos que se arrastran sobre el suelo de tierra.

—¿Cómo demonios ha llegado a subir tan arriba ese chico? —grita una mujer—. ¿No sabéis que es peligroso?

—No pasa nada —responde mi hermano—. Ya lo hemos hecho muchas otras veces en casa.

Cuando por fin me canso de estar encima del árbol, pido a mi hermano que me ayude a bajar. Mi hermano suelta la cuerda poco a poco. Extiendo los brazos para tocar la corteza del árbol una vez más. Cuando estoy cerca del suelo, empiezo a balancearme y columpiarme. No tengo miedo, estoy entusiasmado. Lo único que siento es libertad, hasta que llego abajo.

La aldea de Dongshigu, en el municipio de Shuanghou, en la prefectura de Linyi, provincia de Shandong, China. Un meandro del río Meng abraza la aldea por el este y por el norte. Al sur el paisaje es montañoso, mientras que hacia el oeste, un arroyo serpentea desde las colinas para desembocar en el Meng. Las montañas Menglianggu se alzan a lo lejos por el norte. Solíamos decir que estábamos rodeados de agua por tres lados y de montañas por el cuarto. Un mosaico de campos cercados se extiende alrededor de varias cabañas con tejado de paja o de tejas de arcilla, cocinas, pilas de leña, perros, cabras, pollos, ruedas de molino y letrinas. Un breve paseo por los revirados senderos de tierra que separan los campos permite llegar al límite de la aldea. Más allá de los terrenos familiares, a través de una alameda joven se llega hasta las tranquilas aguas del río Meng, la puerta de entrada a nuestra aldea. El río nos da vida, nos proporciona el agua que necesitamos para beber, regar, lavar la ropa o bañarnos, al menos durante buena parte del año. Te quitas los zapatos y te arremangas las perneras del pantalón para cruzar el río —que es lo que hacíamos todos hasta que por fin construyeron un puente en 1996— y llegas a la carretera que nos conecta con el mundo exterior. Caminando hacia el norte, el sur o el oeste desde la aldea, se llega a los campos de cultivo, que se extienden por el terreno inundable formando un damero de maíz, boniatos, tabaco y sorgo.

El verano y el otoño eran las estaciones preferidas por los campesinos, en parte porque después de un largo día en los campos podían bajar a bañarse al río. A medida que los días se acortaban y la temperatura descendía, el río se volvía gélido y la gente dejaba de lavarse. Hasta el año 1980, los únicos baños públicos a disposición de los aldeanos se encontraban en la capital del condado, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia y un trayecto en autobús de precio prohibitivo. Calentar agua en un cazo para bañarse tampoco era una buena alternativa, puesto que dentro de las casas hacía casi tanto

frío como fuera. Cuando bajaba la temperatura, la suciedad se acumulaba poco a poco, capa a capa. Debido al tiempo y al precio, la gente se limitaba a quedarse en casa y no se duchaban ni se bañaban en todo el invierno, hasta después del Año Nuevo —que se celebra entre enero y febrero— o incluso hasta finales de abril, cuando empezaban a brotar los árboles y la hierba empezaba a verdear en las laderas de las colinas. Hacia finales de mayo, el agua del río seguía helada, pero la gente ya se atrevía a lavarse.

Tengo unos recuerdos muy vívidos de ese primer baño de la temporada. Lo que sentía cuando me tendía a la orilla del río para que el sol de primavera me calentara el cuerpo es casi indescriptible: hormigueo, relajación y la sensación de estar maravillosamente vivo.

No sé en qué momento mis ancestros decidieron establecerse por primera vez en Dongshigu, pero sé que mi familia lleva varias generaciones allí. Más o menos la mitad de los quinientos habitantes aproximados con los que cuenta la aldea comparten el apellido Chen. Aparte del nombre de la familia, el resto de la gente del pueblo de mi generación comparten el «nombre de generación» Guang, que significa «luz» y fue el elegido y registrado por nuestros antepasados hace varios siglos. Mis padres no se molestaron en ponerme nombre cuando nací, así que yo elegí uno cuando era adolescente: Cheng, o «sincero». Antes de eso, simplemente me llamaban «Pequeño Cinco», puesto que era el quinto hijo de mis padres.

Desde que era un niño, Dongshigu me pareció siempre una gran familia, una aldea llena de personas a las que llamaba «tío», «abuela» o «primo», fuéramos o no parientes de verdad. En parte era debido a la proximidad, pero también al respeto que sentía por mis mayores y al hecho de comprender cuál era la posición de cada uno en relación con los demás. Cuando

era pequeño, todas las casas estaban abiertas y solo dos familias tenían el patio cercado con vallas de madera. Cuando nos saludábamos, lo más normal era decir «¿Ya has comido?»², lo que constituía un reflejo de los años de penurias y la preocupación derivada por nuestros familiares, amigos y vecinos. Casi nadie decía «por favor» o «gracias» —no era costumbre—, pero expresábamos nuestra gratitud y afecto de otros modos, como con simples exclamaciones del tipo «¡Ah, estás aquí!».

A pesar de los estrechos vínculos que nos unían, los habitantes de mi aldea vivieron en el umbral de la supervivencia hasta hace unas pocas décadas. Durante generaciones, las guerras y las revueltas sociales provocaron hambrunas y estas, a su vez, luchas de poder y batallas políticas que desviaron a la gente normal por un sendero de abrasadora inestabilidad. Dongshigu no fue una excepción.

Como solía ocurrir entre los campesinos chinos, nuestra familia solo poseía una diminuta franja de tierra que no bastaba para obtener siquiera lo más esencial para vivir, por lo que sufríamos una pobreza desesperada. De joven, mi padre no tenía más que un único par de pantalones que, además, estaban muy raídos. Un vecino me comentó que hasta la adolescencia siempre andaba «con el culo al aire». Cuando mi padre oyó esa manera de describirlo, se rio y dijo: «¿Dónde queríais que consiguiera ropa en esa época?»³. Durante los fríos meses de invierno, mi abuela le rellenaba las perneras de los pantalones con bolas de algodón para que no tuviera frío, como mucha gente suele hacer aún hoy en día en las zonas rurales de China. Los aldeanos se confeccionaban la ropa y la llevaban hasta que solo quedaban harapos. A menudo iban descalzos incluso en pleno invierno.

Cuando mi padre tenía unos diez años, ya se consideraba que tenía la edad suficiente para ayudar a la familia con la rueda de molino, por lo que se levantaba muy temprano por la mañana, con el canto del gallo, antes del alba. Cada mañana, durante dos o tres horas, caminaba en círculos para

hacer girar las ruedas de molino de la familia. Vertiendo agua en un orificio de la piedra superior, molía boniatos o un poco de maíz —en tiempos de penuria, hierba o incluso corteza de árbol— para obtener así la masa que les permitía cocinar los *jianbing* que comerían durante el día. Luego mi abuela extendía la masa en una plancha convexa de casi un metro de diámetro y freía una especie de torta enorme, del grosor de una hoja de papel, la típica comida local. Sus *jianbing* eran a menudo la única comida consistente de la familia, así que comían tantos como podían nada más empezar el día.

Como no había alimentos, mi padre y sus hermanos en ocasiones adelgazaban tanto que no podían ni levantarse de la cama. En busca de algo comestible, la gente de nuestra aldea era capaz de devorar las hojas de los olmos, álamos y algarrobos y de roer su corteza para mitigar el hambre. Con eso solo conseguían enfermar más. Cuando tenía dieciocho años, mi padre estuvo a punto de morir de hambre por culpa de la gravedad de sus edemas. En otra ocasión sufrió una terrible indisposición después de comer semillas de algodón, una medida desesperada. Nadie hablaba de educación o de la oportunidad de una vida mejor. La simple supervivencia era lo único a lo que se podía aspirar.

De vez en cuando, cuando sus hijos sufrían hambre extrema, mi abuela se tragaba el orgullo y pedía unos cuantos *jianbing* a unos vecinos, una familia de campesinos que gozaban de una posición más acomodada que nosotros. Fueron tiempos de una dureza extrema. Cuando mi padre me contaba historias de esa época —historias de pobreza, sufrimiento y revueltas en los que cualquier alivio duraba poco— siempre acababa llorando.

Mi madre creció en Sangyuan, una aldea que quedaba a unos ocho kilómetros de Dongshigu, una distancia considerable por aquel entonces. Nunca aprendió a leer o escribir. Perdió a

su madre a los dieciséis años y fue su padre fue quien tuvo que criarla. A finales de la década de 1940, cuando la guerra civil entre los comunistas y los nacionalistas llegó a Sangyuan, se la llevó a la montaña junto a los hermanos que habían sobrevivido. Vivían escondidos en un acantilado rocoso durante el día y regresaban a la aldea por la noche para conseguir alimentos. La imagen de un soldado que cayó frente a la entrada de una cueva tras ser alcanzado por un misil le quedó grabada a fuego en la memoria para siempre.

La Liberación —que es el nombre que utiliza el Partido Comunista para referirse a su victoria en 1949, cuando los comunistas se hicieron con el poder y los nacionalistas se retiraron hacia Taiwán— solo supuso más problemas para Dongshigu. Con su política de reforma agraria, el partido incitó a la gente a enfrentarse a los terratenientes en una lucha de clases intensiva. Distribuyeron la tierra entre los campesinos en parcelas diminutas pero independientes. Pero esa independencia no perduró durante mucho tiempo; a la hora de la verdad, los terratenientes fueron sustituidos por el monopolio del Partido Comunista, que pronto recuperó las tierras junto con todas las posesiones de los campesinos en nombre de la colectivización. El resultado fue aún peor que el feudalismo que había precedido a ese sistema. Bajo el antiguo régimen, si un terrateniente te trataba de forma injusta, al menos podías intentar trabajar para otro. Bajo el comunismo, no había ninguna alternativa.

Mi madre conoció a mi padre a través de su tía quien, unos años atrás, se había casado en nuestra aldea y se había trasladado a vivir con la familia de su esposo, que es lo que solían hacer las novias. Mis padres se casaron en 1955 y tuvieron a mi hermano mayor en 1957 durante la víspera del Gran Salto Adelante, una campaña política lanzada por Mao Zedong que terminó siendo una catástrofe de grandes dimensiones.

Hoy en día, tanto los expertos chinos como los occidentales coinciden en estimar que cerca de cuarenta millones de

personas murieron de forma prematura entre 1958 y 1961, principalmente a causa del hambre y como resultado de las políticas del partido. Mao exigió que China «caminara sobre dos patas», lo que significaba desarrollar la agricultura y la industria de manera simultánea, aunque solo consiguió un país prostrado. Su objetivo era superar en pocas décadas a Reino Unido y a Estados Unidos en los índices de producción industrial. Un eslogan de esos tiempos rezaba: «Si piensas a lo grande, tus cosechas también lo serán». Los esfuerzos para mantener ese programa de desarrollo empujaron a la gente a niveles absurdos de competitividad, con brigadas de producción, aldeas y ciudades que exageraban sus producciones agrícolas reales. En determinadas zonas, las brigadas de producción afirmaban obtener hasta novecientos mil kilos por hectárea a pesar de que las tierras más fértiles no eran capaces de producir más de cinco mil kilos por hectárea. Cuando el delirio por fin dio paso a la realidad, la economía respondió contrayéndose. La colectivización de la sociedad y el establecimiento de las comunas fueron un profundo desastre.

En 1958, tres años después de la boda de mis padres, las cosechas se preveían excelentes y había una gran abundancia de cereales, maíz, soja y boniato en los campos. Sin embargo, la energía y el trabajo de todos se centraron en la producción de acero: Mao había ordenado que cada aldea erigiera un «alto horno local» para fundir acero a partir de cualquier cosa que contuviera la más mínima cantidad de hierro, incluidos los picaportes y cacharros de cocina. Todo se recogía de forma comunitaria y nadie podía evitar las incontables horas de trabajo que aquello comportaba. Los habitantes de Dongshigu observaron con grave pesar cómo los sembrados se pudrían en los campos al no poder recogerlos, pese al hambre acuciante. Algunos intentaron recolectar las cosechas, pero se exponían a recibir un severo castigo. Al año siguiente, la población desenterró y comió boniatos podridos y muchos sufrieron

envenenamientos. Durante tres años apenas hubo comida y, en ocasiones, la gente incluso tuvo que alimentarse con corteza de árbol, pese a que también escaseaba. Entonces empezó la hambruna de verdad.

El partido repartía la comida disponible en la cantina de la comuna y todos comían del mismo puchero; de hecho, se compartía cualquier cosa. Si alguien veía salir humo de tu casa, te convertías de inmediato en sospechoso y podían registrar tu vivienda, por si estabas cocinando en secreto o por si almacenabas comida. Se aplicaban duros castigos para los que tomaban el «camino capitalista» para intentar alimentarse.

El acceso a la comida significaba poder. En una ocasión, mi madre me contó que se quedó despierta hasta el alba preparando *jianbing* para la comuna. Luego, más o menos al amanecer, acudió a la cantina para cocinar. Había pocos relojes en la aldea y la gente tenía que confiar en los signos de la naturaleza para saber qué hora era. Puesto que mi madre todavía no había oído el canto del gallo, llegó tarde. La interrogó el secretario del partido, quien le sirvió comida en un cuenco y, sin permitirle comer, se burló de ella.

—¿Qué estabas haciendo esta mañana? —preguntó.

—Estuve cocinando hasta tarde, anoche —respondió ella.

El secretario vertió el contenido del cuenco de nuevo en el puchero. No importaba lo mucho que mi madre hubiera trabajado ni lo cansada que pudiera estar. Llegar después de la hora acordada significaba quedarse sin comer y el hecho de trasnochar para cocinar para la comuna no suponía ninguna excusa. A mi madre no le quedó más remedio que sobreponerse al hambre con la esperanza de que le dieran algo de comida más tarde, durante el día.

Tengo cinco años y mi cuarto hermano, diez. Hemos estado fuera de casa, en los campos, mientras nuestra madre trabajaba. Cuando llega la hora de regresar, mi hermano y yo salimos

disparados los primeros. «¡Vamos, a comer unos *guobing!*», exclama él mientras corremos. Conozco la aldea como la palma de mi mano, por eso no me da miedo chocar con nada.

No tenemos dinero, por lo que buscamos algo que podamos intercambiar por comida. Mi hermano destapa el tarro de cerámica en el que guardamos la ración de grano que le corresponde a nuestra familia: podemos utilizar harina de trigo. Me hace recoger el grano para llevárselo a la persona de la tienda que prepara los deliciosos pasteles de harina de trigo que llamamos *guobing*; puesto que yo soy más pequeño, es menos probable que me meta en problemas. Las reservas que deberían durar un año entero para toda la familia casi se han agotado, pero nos da igual: ya se nos hace la boca agua al pensar en los *guobing*.

Ya en la tienda, la panadera maldice y se ríe de nosotros al ver la magra cantidad que le llevamos. Pesa la harina y calcula el pedazo que podemos comprar con esa cantidad.

A esas alturas, nuestra madre ya casi ha llegado a casa y nos encuentra por la calle.

—¿Cómo os atrevéis a vender nuestra harina a cambio de *guobing*?

Está furiosa y se agacha para lanzar una piedra a mi cuarto hermano. Sé que a mí no me la lanzará porque soy el pequeño de la familia. Mi hermano vuelve corriendo a casa, llorando. Mamá se siente culpable, puesto que es consciente de lo delgados y hambrientos que estamos. Llama a mi cuarto hermano, pero este no se mueve de sitio, sin dejar de mirar por la ventana con los ojos llenos de rabia. Nuestra madre divide el *guobing* en dos pedazos, uno para cada uno, pero yo me niego, puesto que quiero tocar los dos trozos para ver cuál es más grande. Quedo satisfecho cuando le da el más pequeño a él. Mi madre se ha pasado el día entero trabajando en los campos, pero no se reserva ni un solo bocado.

Las personas videntes dan por sentado muchas cosas. ¿Qué aspecto tiene un pájaro? ¿Cuál es la diferencia entre los gorriones y las golondrinas? ¿Cómo vuelan los milanos? ¿Qué distingue a un árbol de otro? Los otros niños eran capaces de comprender esas cosas con solo observarlas un momento, pero yo tenía que encontrar métodos alternativos para asimilar el mundo. Puesto que mi madre trabajaba en los campos y mi padre a menudo no estaba en casa, mis hermanos tuvieron un papel muy importante en mi educación, ya que me ayudaron a desarrollar un amplio rango de conocimientos acerca de cómo funcionaban las cosas, sobre los animales y sobre la vida en sí misma. Nunca me excluyeron de sus aventuras, aunque esas excursiones implicaran encaramarse a árboles, atrapar insectos y pájaros o explorar los bosques que había más allá de nuestra aldea. Fuera lo que fuese, cuando querían que aprendiera algo me lo ponían directamente en las manos. Gracias a mis hermanos aprendí desde pequeño lo que otros invidentes no siempre llegan a aprender en toda una vida.

Nos hacíamos nuestros propios juguetes —era la única manera de tener algo— compactando lodo y arcilla de los campos para dar forma a bolas o coches; también fabricábamos arcos, flechas y tirachinas con bambú y madera que encontrábamos por el patio. En ocasiones, para entretenerme o consolarme, mi tercer hermano me subía a un árbol. Después de arrancar una rama, me la pasaba y yo la sostenía, percibía con el tacto la suavidad de las hojas y la rugosidad de la corteza y comprendía, a través de la textura y la forma, cuál era la diferencia entre ese árbol y los de otras especies. A menudo probaba el sabor de las hojas y, después de acumular mucha experiencia, era capaz de distinguir muchos árboles distintos y de nombrarlos con seguridad. Más adelante, mis hermanos me enseñaron a pescar con la ayuda de un plato y un trozo de tela; en cuanto aprendí cómo eran los ciclos de vida de los peces, se me dio especialmente bien atraparlos. Mi conociemien-

to de ese tipo de cosas era íntimo y físico. Llegué a conocer el mundo de un modo que la mayoría de la gente vidente no podrá comprender jamás.

En una ocasión, yo tenía unos tres o cuatro años, mi tercer hermano y yo nadábamos por el río Meng y mi hermano vio que un pájaro carpintero entraba en su nido, un orificio abierto en el tronco de un gran sauce que se encontraba en la orilla opuesta del río. Mi hermano trepó al árbol, agarró el pájaro carpintero y me lo trajo. Lo mantuve entre las manos, con las alas recogidas, impresionado por su enorme pico y por la suavidad con la que deslizaba la lengua dentro de mi mano. Escapó en cuanto llegamos a casa, pero mi hermano lo persiguió por la aldea y los campos hasta que por fin lo atrapó de nuevo y me lo trajo otra vez con aire triunfal. La historia de su perseverancia pasó a ser legendaria en nuestra aldea, pero lo cierto es que a menudo pasábamos toda la tarde persiguiendo a un mismo pájaro, ansiosos por poder acariciarlo y notar lo suave y vulnerable que era.

Aprendí a amar el canto de las aves y a admirar sus costumbres, hasta el punto de que durante años, en primavera, subía a los árboles para estar con ellas. Me llevaba polluelos a casa para alimentarlos con insectos o harina y enseñarles trucos, hacía todo cuanto se me ocurría para hacerlos cantar y para que se quedaran conmigo. Por la noche guardábamos los pajarrillos en botes que dejábamos medio cubiertos para mantener alejados a los ratones. Cuando crecían, los dejábamos volar por el patio y por la casa. Nos reíamos cuando se posaban sobre las sillas, las mesas y los hombros de la gente, algo que pasó a ser normal en nuestro hogar.

Las golondrinas construían sus nidos bajo los aleros de las casas del pueblo con barro que recogían en la orilla del río después de mucho ir y venir. Me gustaban especialmente las golondrinas por lo incansable que era su método constructivo, por su manera de trabajar, día tras día, para crear algo

duradero y hermoso. Los campesinos también apreciaban las golondrinas, puesto que se alimentaban de insectos y otros bichos nocivos para los cultivos. Los gorriones, en cambio, construían nidos endebles con briznas de paja que sacaban de los tejados de las casas, de manera que a menudo abrían agujeros en los techos por donde se filtraba la lluvia. Además, se comían el grano de los campos y saqueaban los distinguidos nidos de las golondrinas, a las que obligaban a cambiar de lugar. Los gorriones empujaban los huevos o los polluelos de las golondrinas para tirarlos al suelo y colocar sus propios huevos en el nido. A mí me encantaban todos los pájaros, pero cuando éramos niños nos enfurecía presenciar esa injusticia y a menudo tratábamos de atrapar los gorriones trepando hasta el tejado para llegar así hasta sus nidos.

Algunos pájaros comían maíz o mijo, pero no insectos. Eso facilitaba la tarea de criarlos, porque engordaban con facilidad. Incluso después de casarme, me encantaba criar pájaros como las tórtolas. Me gustaba tenerlos durante un tiempo, hasta que parecían lo suficientemente fuertes y sanos y los liberaba. Cuando los soltaba sentía alegría, pero también una cierta tristeza por el hecho de perderlos, por saber que cuando alzarán el vuelo me rozarán la mano con las alas por última vez.

Ahora tengo cinco o seis años. Es verano y los chicos de mi edad no llevan ropa: vamos desnudos todo el día. Por la mañana, salto de la cama, cojo un *jianbing* y salgo a buscar a mis amigos. Voy corriendo, el viento me acaricia la piel y mis pies golpean el suelo de forma rítmica. En las carreteras abiertas y los senderos que rodean la aldea no tengo nada que temer, y la velocidad me ofrece una gran sensación de libertad. No me importan ni las piedras ni las ramas.

Si hay un muro, lo escalo. Cualquier muro es a la vez un reto y una alegría, mis dedos buscan lugares a los que poder agarrarse y la humedad de la roca me refresca los dedos de

los pies. Muros bajos, muros altos, viejos y nuevos: acabo conociéndolos todos. En ocasiones escalo hasta el tejado de un vecino y bajo deslizándome por el tronco de un árbol hasta el otro lado. La gente parece sorprenderse de mi capacidad y eso me hace feliz.

Mientras mis amigos y yo vamos en dirección al río, los ancianos que siegan la hierba que bordea el camino bromean con nosotros y nos señalan entre las piernas. «¡Eh! ¡Te está creciendo algo ahí abajo! ¿Qué es? ¡Mira que te lo voy a cortar!» Fingen perseguirnos con las guadañas. Aprendo a nadar con mis amigos, primero con su ayuda y, más tarde, cuando se marchan a la escuela, me muevo solo por las frías aguas y me sumerjo para tocar el lecho del río y sus suaves capas de arena con los dedos.

Cuando era pequeño, hallaba pruebas de las leyes naturales por todas partes y me di cuenta de que la mayoría de esas leyes podía aplicarse también a las personas. Si compras un cerdo, lo metes en un establo y se escapa, aunque solo sea durante uno o dos días, lo pasarás mal al intentar recuperarlo. Los habitantes de las áreas rurales lo saben de forma instintiva y lo aplican a vacas, caballos, perros, pollos y a muchos otros animales, incluidos los humanos, como llegué a descubrir cuando ya era adulto. Hay ciertos ritmos del mundo natural que no solo no deberían ignorarse, sino que deberían respetarse: el de las aves, pero también el de los insectos e incluso el de las plantas.

Por supuesto, cuando éramos niños, romper ese orden natural era emocionante. Nuestros padres solían decirnos una frase para que nos comportáramos: «Hagáis lo que hagáis, dejad en paz los nidos de avispa», lo que significaba que no debíamos meternos en problemas si podíamos evitarlo. Sin embargo, eso era justo lo que más nos gustaba hacer, abrir nidos de avispa, porque resultaba emocionante. Las larvas de avispa y de abeja son deliciosas (sobre todo fritas y en tortilla), y eran una comida excelente para los pájaros que guardábamos en casa, sobre

todo porque no siempre conseguíamos algo para alimentarlos. Hacíamos caer el nido con palos y rocas, chillando de emoción mientras docenas de avispas se agrupaban para perseguirnos. Eran mucho más rápidas que nosotros, pero aprendimos a correr en zigzag y a cambiar de dirección bruscamente para esquivarlas. Descubrimos que ven los colores chillones y de mayor contraste mejor que los oscuros, y que podíamos escapar de ellas al ocultarnos entre las sombras moteadas de un campo de maíz o de sorgo; los niños mayores, que a veces llevaban camisa, sabían que no debían vestirse de color blanco.

Ya con el nido en nuestro poder, tocaba dividirse las larvas, contando cuántas celdas del panal estaban abiertas y cuántas estaban cerradas. Si una celda seguía abierta, sabíamos que las avispas aún estaban alimentando a la larva que vivía en su interior, lo que significaba que el tracto digestivo de la larva contenía heces y, por tanto, no estaba limpia. Cuando las larvas alcanzan un determinado punto de desarrollo, las avispas sellan la celda y dejan de alimentarlas. A partir de entonces, las larvas pasan hambre hasta que quedan «limpias» y finalmente la metamorfosis las convierte en adultas. Nos repartíamos el botín en función de quién había demostrado más valor y fuerza durante la lucha por derribar el nido.

Nuestros padres nos regañaban cuando volvíamos a casa cubiertos de picaduras; debido a mi ceguera, mi madre a menudo se preocupaba especialmente por mí. Me decía: «¡Cada día llegas a casa con más heridas de las que ya tenías!». Sin embargo, no importaba las veces que me lastimaba al abrir los nidos y huir de las avispas enfurecidas, porque no me cansaba de experimentar la emoción que comportaba hacerlo.

De pequeño, me encantaban los animales de todo tipo, hasta el punto de convertir la casa en un pequeño zoológico. Cuando tenía unos seis años, uno de mis tíos me regaló una perrita ne-

gra porque se mudaba a otro lugar. Teniendo en cuenta sobre todo que mi madre siempre estaba trabajando en los campos y que mis hermanos estaban en la escuela, esa perrita se convirtió en mi compañera de juegos. A menudo nos tumbábamos en el patio y yo le tocaba la barriga, las orejas, la boca, los dientes. A veces la agarraba por los cuartos traseros y echábamos unas carreras los dos juntos. Le puse una campanilla en el collar para oír la fuera donde fuese.

—Estás más apegado a esa perra que a tu madre —me dijo una vez una de mis tías, medio en broma.

Tras la muerte de Mao, en 1976, el partido anunció que continuaría con el legado político del presidente y seguiría sus instrucciones con la máxima lealtad posible. Eso incluía sacrificar a todos los perros, bajo el pretexto de que contribuían a extender la rabia. En 1978, cuando yo tenía siete años, el partido incrementó su bárbara campaña anticánina. Según la propaganda, cualquier familia que tuviera perro debía matarlo o venderlo. Sin embargo, en el campo casi todas las familias tenían perro, formaban parte de nuestras vidas. Algunos aldeanos se resistieron con la esperanza de que la campaña fuese pasajera, mientras que otros obedecieron y vendieron sus perros. Pero fueron pocos los que se mostraron dispuestos a matar a sus propios perros.

Yo insistía en que conserváramos a nuestra perra, pero un día mi madre dijo que teníamos que venderla. Yo me tendí en el suelo, llorando con desespero. Al final se llevaron a mi perra con una cuerda atada al cuello. Cuando los exterminadores estaban a punto de colgarla en un árbol cercano, regresé corriendo a casa. Mi madre no quería dejarla entrar, pero yo aparté a mi madre para que la perra pudiera ocultarse bajo una mesa, donde se quedó jadeando, todavía con la soga atada al cuello. Al final, mi hermano mayor se la llevó de nuevo al exterminador de perros. Lamenté su muerte durante mucho, mucho tiempo.

Una vez, un pariente me regaló una cabrita. Enseguida empezó a seguirme como si fuera su madre, hasta el punto que se desesperaba cuando me perdía de vista. Por la noche, yo no soportaba tener que dejarla atada en el patio, así que la dejaba suelta y luego se pasaba la noche arrastrando la cuerda por el suelo mientras me buscaba. Durante el día, me la llevaba a todas partes, recorríamos juntos los senderos de la aldea y bajábamos hasta el río, donde ella pacía la hierba que crecía junto a la orilla. Echaba a correr en cuanto le tocaba la cola, aunque mantenía un ritmo que yo pudiera seguir para mostrarme el camino.

Cuando se quedó preñada por primera vez, yo tenía ocho o nueve años y experimenté una especie de fascinación que no había sentido jamás, me quedé embelesado por los cambios que se producían en su cuerpo. La barriga le creció en tamaño y redondez y se le hincharon las ubres. Cada día le acariciaba el cuerpo, la barriga y las ubres para ver si tenía leche —puesto que era síntoma de que el parto era inminente—; estaba impaciente por ver cómo daba a luz. Me quedé cerca de ella durante el parto, quería ayudarla de algún modo, pero mi cabra no necesitó a nadie para parir a dos cabritos gemelos.

Después de lavar a las dos crías a lametones, gruñendo y empujando sus diminutos cuerpos, uno de los cabritos trataba de situarse instintivamente bajo la barriga de su madre. El proceso le supuso un gran esfuerzo y varias caídas. Yo sabía que quería amamantarse de las ubres de su madre pero apenas se sostenía sobre las patas, aún demasiado débiles como para levantar la cabeza lo suficiente para mamar. Emitía un balido ansioso y lastimero. Quise meter la tetilla en la boca de la cría al igual que solía meter gusanos en los picos de los pájaros que criaba, pero no sabía si lo hacía correctamente. También me preocupaba la posibilidad de que la madre aplastara a sus propios hijos con los cuartos traseros, hecho que sucedía en algunas ocasiones.